

LA AGRESION MONOPOLISTA SOBRE GALICIA

JOSE A. GACIÑO

UNA autopista que parte en dos el futuro desarrollo de Galicia, un lote de celulosas que amenaza prácticamente a todas las rías gallegas, una central nuclear en un país exportador de energía eléctrica, centrales térmicas que arrasan tierras fértiles, urbanizaciones que destruyen el paisaje o el medio ambiente... Estas son algunas muestras de la implacable agresión que el capital monopolista ha puesto en marcha sobre la apacible Galicia de la emigración, el caciquismo, la fuga de ahorros hacia regiones más rentables y todos unos recursos naturales por explotar racionalmente.

De pronto, al capital monopolista le ha entrado una prisa enorme por industrializar un país abandonado por el poder desde hace cinco siglos, cuando los Reyes Católicos implantaron un estado de excepción social, político y económico sobre Galicia que todavía dura. Con el antecedente de la construcción de grandes embalses —algunos de los cuales, como el de Castrelo do Miño, provocó, en los años sesenta, la primera movilización importante después de la guerra civil, junto con la de los campesinos que se oponían a la estatalización de los montes vecinales— en los años setenta ha habido un recrudescimiento de una táctica que tiene su origen en el papel asignado a Galicia en la división del trabajo regional hecha a nivel de Estado.

Galicia aporta mano de obra, energía eléctrica, materias primas, pescado fresco... y, por si fuera poco, una serie de recursos financieros acumulados por la increíble capacidad de ahorro del emigrante y el campesino gallegos y que apenas repercuten en la promoción de la economía gallega, sino que viajan hacia zonas del Estado donde pueden producir una rentabilidad inmediata. Ahora, por lo visto, se trata de hacer irreversible su papel de suministradora perpetua de energía a los demás —con la construcción de centrales térmicas y nucleares que no hacen ninguna falta para el consumo propio de Galicia, que podría suministrar perfectamente con su actual capacidad hidroeléctrica—, y también de aprovechar su presunto conformismo para endosarle industrias que se rechazan en otros puntos, como es el caso de las

centrales nucleares o las celulosas. Poco importa que, como consecuencia, se frustren las posibilidades pesqueras del litoral gallego, o se queden definitivamente sin potenciar las inmensas posibilidades agrícolas y ganaderas de este campo gallego, castigado por el minifundio, los impuestos y un esquilmador sistema de comercialización.

La autopista de la división

Quizá el tema que está más en el candilero de la actualidad, en

—ha escrito Mario Gaviria—, sino radicalizadores de desigualdades". Esta afirmación se confirma plenamente en Galicia, donde la autopista va a agudizar el desequilibrio entre la periferia atlántica, donde se ha logrado un cierto nivel de desarrollo, dentro del atraso general del país, y la Galicia del interior, donde se encuentran las zonas más deprimidas. De hecho, las únicas mejoras introducidas en muchos años en las carreteras gallegas han sido los accesos a Galicia, que, en realidad, son accesos a la periferia gallega, para hacer más rápido el enlace



La inversión destinada a la autopista del Atlántico podría ser empleada en mejorar sensiblemente los actuales sistemas de comunicación en Galicia.

estos momentos, sea el de la autopista del Atlántico, cuya construcción ha provocado conflictos en algunos puntos, donde los campesinos ven sus tierras expropiadas y mal pagadas, y rotos sus sistemas tradicionales de comunicación, sin que el nuevo —pensado para unir los puntos de Galicia donde existe cierto nivel de desarrollo— les resuelva el problema.

La autopista del Atlántico está destinada a unir las dos zonas industriales más importantes de Galicia, El Ferrol y Vigo, prolongándose hasta la frontera portuguesa. "Las autopistas, de por sí, no son nunca factores de desarrollo armó-

de ésta con el centro. La autopista vendría así a reforzar ese sistema de comunicaciones.

Destrozará, además, valles fértiles —a través de los cuales su trazado es más fácil y menos costoso— y varias playas. En Calo, lugar cercano a Santiago de Compostela, se dará la paradoja de que la autopista deshará la concentración parcelaria hecha sólo hace siete años, lo que da idea de la antiplanificación que viene rigiendo en Galicia. Por supuesto, van siendo arrasados los caminos naturales y tradicionales de los paisanos, por donde caminan o van con animales, sin ofrecerles

respuesta, aunque en algunos casos las protestas de los campesinos afectados ha obligado a la empresa concesionaria (en la que sólo la cuarta parte del capital ha sido aportado por la Cajas de Ahorro gallegas y el Banco Pastor, mientras el resto del capital es controlado por una serie de Bancos no gallegos, encabezados por el Hispano Americano, el Bilbao y Rumasa) a plantearse el problema de respetar esos caminos de toda la vida. En aldeas de los alrededores de La Coruña y Pontevedra, así como en Vigo, es donde se han registrado más protestas contra la autopista. Quizá el caso más escandaloso haya sido el "scalextric" de entrada a Vigo, que hará pasar la autopista a la altura de los primeros pisos en varias calles, para dejar a los coches casi a la puerta de El Corte Inglés.

Asociaciones ciudadanas y colegios profesionales —en especial, el Colegio Oficial de Arquitectos de Galicia— están desarrollando una intensa actividad de concienciación en torno al tema de la auto-

pista, y se presentan alternativas de comunicaciones más apropiadas a las características de dispersión de la población gallega, y se piensa que los 35.000 millones de pesetas que va a costar la autopista (en principio, porque la inevitable subida de los costos hará subir el presupuesto) podrían ser empleados en mejorar sensiblemente las actuales carreteras nacionales que cubren el mismo trayecto que cubrirá la autopista, incluso construyendo tramos pequeños de autopista en los tramos más peligrosos o más saturados de tráfico, así como mejorar toda la estructura global de las comu-



La marcha sobre Xove fue una muestra de la sensibilización popular en el tema de las centrales nucleares.

nicaciones internas del país gallego, compuesta actualmente de una serie de caminos en estado muy deficiente. Por último, se defiende la opción del ferrocarril como base de un sistema de transporte público muy adecuado para Galicia y que, en la actualidad, es un verdadero desastre por el escaso y precario servicio ferroviario montado en este país. Baste decir que, siendo Galicia exportadora de energía eléctrica, sólo el 9 por ciento de la red ferroviaria está electrificada.

Las impopulares celulosas

Pero lo que más clamores populares en contra ha levantado ha sido, sin duda, el tema de las celulosas. Con el antecedente de una celulosa instalada en Pontevedra, que llena de malos olores aquella ciudad y ha cercenado la productividad marisquera de su ría, cualquier anuncio de instalación de una nueva celulosa ha levantado inmediatamente ampollas entre los afectados. Desde 1974 hasta ahora, se pueden contar hasta ocho lugares distintos pensados para la instalación de varias celulosas, que podrían poner en peligro el equilibrio ecológico, la limpieza de los ríos y la riqueza pesquera y marisquera del litoral. Nadie confía —sobre todo, con la experiencia pontevedresa— que vayan a aplicarse rígidos controles anticontaminantes, entre otras cosas porque la actual legislación española sobre esta materia no es nada rigurosa. Por otra parte, hay científicos que critican duramente

la repoblación a base de pinos y eucaliptos —como una larga maniobra pensada para especializar a Galicia también en celulosas—, que aumentan la acidez natural del suelo gallego y que pueden degradar sensiblemente la calidad de la tierra cultivable. Galicia fue, tradicionalmente, tierra de robles y castaños, entre otras especies nobles, pero los planes de repoblación forestal de la posguerra —pensados desde Madrid, naturalmente— impulsieron esas especies, cuya existencia ahora se esgrime en favor de las celulosas.

Por otra parte, en varios de los casos de proyectos de celulosas se trata de instalaciones que —como la ya instalada en Pontevedra— fabricarían exclusivamente la pasta, mientras la última fase de elaboración del papel —es decir, la menos contaminante— y todo el proceso industrial derivado tendría lugar fuera de Galicia, concretamente en el País Vasco, pues algunas de estas fábricas de pasta son financiadas por capitales papelesos vascos, que tratan de sacarse de encima los procesos más contaminantes en unos momentos en que, en su país, se vive una etapa de especial sensibilidad en las cuestiones del medio ambiente.

El pueblo gallego, sin embargo, no respondió con pasividad en el asunto de las celulosas. Manifestaciones populares masivas en Orense, Ponteceso (La Coruña), Quiroga (Lugo) y en algunos otros puntos —de algunas de las cuales informó puntualmente TRIUNFO en su día— dan idea del impacto causado en la opinión pública contra una industria considerada peligrosa y que, en todo caso, sólo

sería aceptada en algunos puntos con un rígido control anticontaminante, y por supuesto cubriendo todo el ciclo industrial que puede derivarse de la fabricación de papel. Hoy por hoy, y en las circunstancias políticas que hasta ahora se han vivido, las celulosas iban a destruir bastante más riqueza de la que iban a aportar... a un capital ajeno a Galicia.

Una central nuclear innecesaria

Ha sido también Mario Gaviria quien ha dicho en alguna ocasión que las centrales nucleares son instaladas allí donde la gente se deja. No cabe otra explicación a la instalación de centrales nucleares en zonas exportadoras de energía eléctrica, como son Aragón y Galicia.

Galicia exporta el 60 por 100 de la energía eléctrica que produce, fundamentalmente, hasta ahora, por procedimientos hidroeléctricos. A pesar de ello, está en funcionamiento una central térmica en As Pontes —que, a punto de terminarse su fase de construcción, va a aumentar el paro en la comarca—, y se ha iniciado ya la construcción de otra central térmica en As Encrobas, aprovechando unos yacimientos de lignitos. En este último caso, desaparecerá uno de los valles más productivos de Galicia, cuya expropiación ha concluido, tras una serie de enfrentamientos de los vecinos con la Guardia Civil y una dura y prolongada negociación con la empresa explotadora, que ha accedido a pagar cantidades muy elevadas, después de que los campesinos,

en principio, exigieron un traslado de población.

Queda ahora el proyecto de la central nuclear, que va a suponer una inversión de alrededor de cien mil millones de pesetas, una cantidad que aplicada de otra manera, podría ser un importante impulso al desarrollo de Galicia. La central nuclear, que se instalará en Xove, cerca de Viveiro, en la costa lucense, va a tener cuatro grupos, de una potencia de mil megavatios cada uno. El primer grupo comenzará a funcionar en 1982, y los restantes, paulatinamente, cada cinco años. En algunas fases de la construcción se llegará a dar trabajo a unas tres mil personas, pero, al final, la central podrá funcionar simplemente con el trabajo de doscientas personas de alta cualificación. Es decir, será otra industria —como la de las celulosas— de fuerte inversión financiera, pero generadora de pocos puestos de trabajo, sobre todo porque toda la riqueza que podría generar lo hará fuera de Galicia, a la que no le hace falta, en estos momentos, mayor producción de energía eléctrica, aun en el caso de que iniciara ahora realmente su desarrollo industrial. Se trata de instalaciones de las llamadas de "enclave", que vienen a fortalecer aún más la dependencia económica de Galicia, con respecto al capital monopolista español.

No es necesario insistir en los peligros que encierra todavía una central nuclear —que es un tema que los lectores de TRIUNFO conocen sobradamente—, sobre todo por lo que se refiere a sus sistemas de seguridad y al problema de los residuos. La simple alteración ecológica del mar —por los cambios de temperatura que producirán las aguas empleadas en el sistema de refrigeración de la central— va a producir, en la costa cantábrica gallega, la ruina de la riqueza pesquera, principal medio de subsistencia de la población de aquella zona.

En abril de este año, los grupos nacionalistas organizaron una marcha sobre Xove, como protesta por la instalación de esta central, que tuvo un eco masivo importante, aunque se enturbiara por los enfrentamientos de grupos políticos, al oponerse los nacionalistas a que los llamados "españolistas" de izquierda tuvieran el más mínimo protagonismo en la acción que ellos habían organizado.

Una agresión generalizada

La subsistencia en Galicia de ciertas formas de economía precapitalista, que tratan de mantenerse en un contexto donde lo que va predominando, implacablemente, es el capitalismo monopolista, incluso no ya a través de una explotación colonial, sino con su presencia misma —quién sabe, además, si utilizando, en el futuro

LA AGRESION MONOPOLISTA SOBRE GALICIA

inmediato, hasta las posibilidades de una autonomía controlada por la derecha— en el proceso económico gallego, han generado, y siguen generando, toda una serie de tensiones socioeconómicas en Galicia.

El mismo panorama actual de la pesca —con la grave crisis promovida por la ampliación de las aguas del Mercado Común a 200 millas— ofrece un ejemplo de esa tensión, al haberse fomentado, en los últimos años, sin la más mínima previsión, pues el problema de las 200 millas es algo que se veía venir desde hace mucho tiempo, la construcción de grandes arrastres, despreciándose y marginándose la pesca de bajura y el marisqueo, que puede ser totalmente controlable, sin necesidad de negociaciones en el extranjero. El propio Plan Marisquero, lanzado hace unos años, no ha servido más que para introducir un nuevo factor de enfrentamiento, al haber sido aplicado más en favor de la privatización de unas playas que siempre fueron explotadas comunitariamente, en lugar de haber fomentado fórmulas cooperativas que permitieran a los mariscadores el control total del cultivo, recolección y comercialización del marisco.

En el campo, una atomizada producción de propietarios minifundistas apenas puede hacer frente a una comercialización en manos de un monopolio o un oligopolio —las centrales lecheras, las escasas industrias lácteas, los mataderos frigoríficos— y todo hace suponer que termine en una invasión total de las grandes empresas incluso en la producción, con unos graves costos sociales. La actuación estatal —que ha aplicado mecánicamente los criterios que podrían ser válidos en otros puntos de España, pero que eran absolutamente perniciosos en Galicia— no ha hecho más que agravar la situación, con su desastrosa política forestal, su casi inoperante concentración parcelaria y la puntilla, todavía reciente y dolorosa, de la Seguridad Social Agraria, que eleva a categoría de "empresarios" —con cuota empresarial incluida, naturalmente— al pequeño propietario gallego, que apenas alcanza la categoría de trabajador autónomo, pues es tan grande su dependencia de los circuitos comercializadores que casi es un proletariado trabajador por cuenta ajena.

Alternativas con autogobierno

A todo esto, en los primeros momentos de la transición políti-

ca, quiso ponerse en marcha, patrocinado por el Ministerio de la Vivienda, la elaboración de un Plan Director de Ordenación Territorial, que sería algo absolutamente necesario para emprender una planificación del desarrollo gallego, si fuera elaborado democráticamente en Galicia y llevado a la práctica por un organismo planificador dependiente de un ejecutivo gallego. La elaboración tecnocrática de un plan territorial, teledirigido desde Madrid, ha provocado las protestas de asociaciones ciudadanas, colegios profesionales y partidos políticos, que ven la necesidad absoluta de esa elaboración democrática y de esa aplicación autónoma.

En efecto, con diversos matices y desde diversas perspectivas, todos cuantos sienten una mínima preocupación por un futuro humano para Galicia coinciden en que no puede haber alternativa real a la transformación de este presente tenso y caótico, atrasado e irracional, sin un planteamiento no dependiente de la economía de Galicia, lo que exige, evidentemente, unas formas de autogobierno, en concretar las cuales varían los criterios, desde la autonomía hasta la pura y simple autodeterminación, con opción de independencia. Mientras Galicia no pueda controlar por sí misma sus recursos naturales y financieros, mientras no pueda organizar su economía en función de sus intereses —y no en función de una estrategia de multinacionales y monopolios—, no podrá salir del bache en el que su atraso y su dependencia le han colocado. Naturalmente, ello implica una serie de planteamientos políticos que, por desgracia para Galicia, no están todavía unificados, ni siquiera entre formaciones ideológicamente afines. La ausencia, por otra parte, de una burguesía nacional, con intereses realmente separados de la oligarquía central —y que sólo ahora parece empezar a apuntar, según algunos—, convierte la alternativa nacionalista gallega en una opción radical, que tiene que apoyarse exclusivamente en las capas populares. Es quizá esta circunstancia la que divide más a la izquierda, algunas de cuyas formaciones se ven impedidas de aplicar en la práctica esquemas pactistas que le pueden servir en otras nacionalidades, pero que en Galicia no tienen mucho sentido.

Quizá en la libertad sea posible abrir el gran debate clarificador del que salga la gran alternativa unitaria de autogobierno para Galicia, y de la que pueda arrancar una lucha eficaz contra el subdesarrollo, en una vía de modelo de crecimiento auténticamente democrática, que pudiera acabar con la dependencia y con la superación de las contradicciones que esa misma dependencia sembró en la propia estructura social gallega. ■
Fotos: YANEZ

Los
Contem
porá
neos

¿QUIEN TEME AL LOBO FERROZ?

LA familiar campaña anticomunista ha cesado. Es uno de los hechos más notables de los últimos tiempos. Alcanzó muchos decibelios en los momentos en que el señor Carrillo representaba el papel de Pimpinela —más Escarlata que nadie— por las calles de Madrid, tocado con una peluca simplemente para que no pareciera todo demasiado fácil y demasiado convencido. Se elevó a niveles insoportables en los momentos precedentes a la legalización, y en las peripecias Supremo-Gobierno, a los más conspicuos llamaron a sí tanques y cañones. Alianza Popular —¿se acuerdan ustedes de Alianza Popular?— la hizo suya para la campaña. Perdió sus elecciones sencillamente, y se acabó. Desde entonces, no hay campaña contra el Partido Comunista. A no ser que la haga Moscú. Incluso cuando Carrillo discute con Ponomarev o con quien sea, aquí hay un reflejo similar al de los partidos internacionales: que gane España, dicen todos. Aunque no les guste el fútbol, aunque no les guste el Partido Comunista. Después de todo, ya decía hace más de treinta años el actual memorialista señor Serrano Súñer, "Rusia es culpable". Que lo grite ahora el señor Carrillo no supone más que estar en la vieja línea española.

Todavía los diputados comunistas salen mucho en las fotografías: todavía son periodísticos. Más adelante se irán olvidando. Quizá el señor Alberti aparezca en las revistas de modas, con su traje que eclipsó el recuerdo más impresionante que tenían los españoles en materia indumentaria: el de la capa de chinchillas de Massiel en un famoso Festival de Eurovisión. El señor Carrillo ya no es el gran diablo de cuernos y rabo; va quedando como el pequeño diablillo divertido que manobra con sus 21 diputados y 22 votos (¿de quién es el voto criptocomunista que apareció el famoso día de la elección de mesa en las Cortes?), y ofrece y deniega su alianza. ¡La que ha aprendido en Francia! Ya ni se escucha Radio España Independiente: se quedó sin necesidad de hablar, porque ya lo harán en las Cortes los comunistas.

¿Quién teme al lobo feroz? Los tres cerditos hacen sus casitas —la casita de ladrillos de Suárez, la casita de madera de Felipe, la casita de paja de Fraga— sin temor al soplo y a los embates del lobo feroz. No hay lobo feroz. Los comunistas escoltan por el bosque a la Niña Democracia. No se la come nadie. Apenas si hay alguna voz en "off" que repite los viejos estribillos. Es sólo un rumor de fondo.

La campaña ha terminado. Parece que ha terminado desde que hay comunistas en las Cortes y el PC ha sacado un porcentaje de votos exiguo. En realidad, ha cesado desde que el señor Suárez es invulnerable. Generalmente, las campañas anticomunistas se han hecho en contra de alguien que no lo era, pero al que había que acusar de serlo, o de favorecerlo, o de cripto, o de compañero, o de filo. Aquí se apuntaba el señor Suárez. Ya no hay necesidad: ya ha ganado, ya está establecido y ahora lo mejor es pactar con él. Siempre puede caer algún cargo, alguna prebenda. Quizá en las elecciones municipales se vuelvan a esgrimir los mismos términos dialécticos por aquellos que no han sabido aprender que así pierden votos. Pero no será nada, ya lo verán ustedes.

POZUELO